

De la sombrología, de la asombrología o de cómo Julio Prieto ilumina a Macedonio

Laura Destéfanis (Universidad de Granada)

[Prieto, Julio. *De la sombrología. Seis comienzos en busca de Macedonio Fernández*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2010].

Dicen los matemáticos, en una de esas bellas afirmaciones que consiguen aturdir el sentido común, que iguales puntos caben en un metro, en dos, en tres. ¿Cómo es posible? La maestría de Julio Prieto radica precisamente en esta compleja cuestión, ¿cómo mostrar ese infinito sin encandilar al lector, cómo (des)lumbrarlo? La respuesta la dio el propio Macedonio, y Prieto, lector atentísimo, iluminó su idea. Así se hizo al fin la sombra.

Según Macedonio, la sombrología es un tipo de estudio que consiste en la “investigación del carácter por el perfil de sombra de la persona en las paredes”. Prieto recoge la propuesta e invita al lector a rastrear la singularidad de este intrincadísimo autor mediante la figura de las sombras proyectadas en textos y documentos. Así, lee “por sombrología” fragmentos transdisciplinarios donde confluyen en diverso grado la historia literaria, la teoría filosófica y estética, la mitología urbana de Buenos Aires. Algunas de las cuestiones que encontraremos allí devinieron centrales en el estudio de las literaturas —en particular para las literaturas del Plata, algunos—, como el fin de la metafísica, el arte conceptual, la literatura fantástica, la política-ficción, las vanguardias, la “mala” escritura, la microtextualidad, el discurso cervantino.

Seis comienzos posibles son propuestos en esta indagación. El primero de ellos aborda el conflictivo diálogo con Borges —que el crítico ya había transitado en el monumental estudio sobre Macedonio para la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigido por Noé Jitrik y Roberto Ferro, y en el imprescindible *Desencuadrados: vanguardias ex-céntricas en el Río de la Plata*—, desde una encrucijada decisiva en ambos autores: el “entremedias” del discurso filosófico —la metafísica— y literario —la fantasía—.

La agudeza del recorrido que Prieto propone —y se suma a la labor editora de Adolfo de Obieta, el trabajo filológico de Ana Camblong y la temprana atención de Jitrik, Fernández Moreno, Martínez Estrada, Lamborghini, Piglia, Germán García, Ana María Barrenechea, Ricardo Zelarayán, entre otros— fue fundamental en el proceso hacia tan merecida entrada al canon —por lo pronto— de la literatura argentina, tras haber estado relegado por décadas al imaginario lugar de figura curiosa en el en-

torno borgeano; contra ese borramiento, desde un comienzo, trabajó Prieto la relación de Macedonio con Borges. Una hipótesis de enorme interés es —entre muchas otras que este estudio propone— la que analiza la emergencia y viraje de su escritura hacia aquellos rasgos que hoy identificamos como más característicos —liminografía, inscripción del autor y del lector, nomadismo, ahistoricismo— en respuesta refleja a la publicación de *Inquisiciones* (Borges 1925), “punto de fuga” en la fructífera y enrevesada relación de la literatura de Macedonio con la de su ilustre antagonista.

De la sombrología demuestra cómo, a contrapelo de la tradición, Macedonio —seguido por Borges— no supedita la literatura a la filosofía: basta recordar la famosa *boutade* borgiana —que no es tal— en la que el escritor considera a la metafísica como “una rama de la literatura fantástica”. Prieto muestra cómo en Macedonio la metafísica apela a las estrategias de la ficción y es presentada así como fantasía, mientras que, por su parte, en Borges veremos ambas esferas discursivas entrelazadas, como las dos caras de la cinta de Moebius: una conduce a la otra sin solución de continuidad, fundidas *ad infinitum*.

Otro de los nodos del contrapunto explorado por Prieto, proyector de sombras sobre las generaciones de escritores argentinos que lo sucedieron, es el contraste entre el cultivo borgeano del “decoro estilístico, un ideal clásico de elegancia y legibilidad, frente a la práctica macedoniana de escritura ‘mala’, desaliñada y anti-retórica”. ¿Acaso no es factible pensar la búsqueda, a lo largo del pasado siglo, de las características identitarias de la tradición literaria nacional, con Borges como figura central colocando a la Argentina en la línea europeizante, frente a malditos, malos y desprolijos que vieron en la cuestión periférica, en el “fuera de campo”, las señas capitales y distintivas de esa literatura? (Pongamos, por caso, la “ahistoricidad” del pensamiento macedoniano en su desinterés por posicionarse frente a una tradición filosófica, con repercusiones en su propia, “ahistórica”, publicación de una obra “excéntrica, invisible, desencuadrada”). ¿Cómo podríamos explicar, entonces, que en el centro de ese canon encontremos siempre estas dos directrices?

El segundo de los comienzos propuestos en *De la sombrología* es el recorrido de su obra en diálogo con la filosofía contemporánea, cuyo eje de proyección es el “fin de la metafísica”. Prieto traza un recorrido que parte de sus precursores (Marx, Nietzsche) y recorre la filosofía del siglo XX, desde Heidegger, Carnap y Wittgenstein hasta Derrida y Lévinas. La obra de Macedonio es leída en tanto “paradoxografía, *i.e.*, una forma de discurso orientada a poner de manifiesto la contradictoriedad del mundo, a contracorriente del programa clásico de la filosofía que se propone cancelar la contradictoriedad de los fenómenos a partir de un sistema consistente que ‘dé razón’ del mundo”: su filosofía de la experiencia pura, como tal,

se muestra en la insostenibilidad del discurso filosófico, y se materializa —literal, literariamente; no podía ser de otro modo— en el “por venir”. No obstante habrá más placer y más asombro en la lectura de estos ensayos, ya que la propuesta se completa con la puesta en relación del “dudarte” del pensamiento macedoniano y el proyecto (post)filosófico de Derrida y Lévinas.

El tercer comienzo, en tanto, aborda los corrimientos genéricos, desarraigos teóricos y saturaciones de sentido —materializados en su nomadismo, en el descarrilamiento discursivo— con los que Macedonio se adelantó a importantes debates del ámbito de la teoría de las artes y la sociología de la cultura, que Prieto anuda eficazmente con las trayectorias de Duchamp, Beuys, Tinguely, Debord (algunos de cuyos planteos tuvieron eco, en el Río de la Plata, en la obra de Rhod Rothfuss, Gyula Kósice o Alberto Greco). El cruce de disciplinas y discursos, que desde este comienzo de siglo se miran en retrospectiva para hacer una historia de las vanguardias del siglo XX —históricas y de posguerra—, tienen en Macedonio un sorprendente precursor; tal es el caso, por estos días, de la muestra retrospectiva de las propuestas artístico-socio-político-filosóficas de Roberto Jacoby en el Museo Nacional de Arte Reina Sofía de Madrid (todo un síntoma de cristalización de un período que se quiso —desde ciertas esferas de poder— clausurado), tras el cual no deja de latir la figura de Macedonio como propulsor del ejercicio de “mareo de lector/espectador”.

Otra línea de análisis se centra en la figura de Macedonio en el futuro de la tradición literaria del Río de la Plata, así como la reactivación de la vanguardia a partir de la noción de “mala” literatura —caso de César Aira— o de productividad del trabajo micronarrativo y cruce de géneros —Marosa di Giorgio, autores emblemáticos del cambio de siglo, sobre quienes se traza el puente hacia los jóvenes narradores de la región en el cambio de siglo—. Por último, Prieto analiza con mucho humor —un humor armado en intertexto, que recuerda a Les Luthiers o a Alejandro Dolina— el contrapunto *Adriana Buenos Aires (Última Novela Mala)-Museo de la Novela de la Eterna (Primera Novela Buena)* a la luz del diálogo con la obra cervantina, y en relación con el análisis que Daniel Attala propone en *Macedonio Fernández, lector del Quijote*.

El mapa desplegado traza certeras coordenadas, recorridos posibles para adentrarse en la complejísima trama de la literatura de Macedonio (preciosa e ineludible gimnasia por la cual, sabemos, puede en ocasiones perderse el aliento). Es entonces cuando las señales sembradas por Prieto devuelven el camino, sugieren siempre nuevos itinerarios para un autor inagotable. Es el fin de un nuevo comienzo en que la *mise en abyme* macedoniana, con Heidegger, llega desde la literatura hasta la filosofía en insostenible “mareo”: ¿por qué hay algo y no más bien nada? O mejor,

*De la sombrología, de la asombrología o de cómo Julio Prieto ilumina a Macedonio
Laura Destéfanis*

Macedonio solo: más bien, Nada. Nada como las sombras, Nada, a la luz de la luz.